

FERNANDO RUEDA

Destrucción MASIVA

NUESTRO HOMBRE EN BAGDAD

Destrucción masiva

Nuestro hombre en Bagdad

Fernando Rueda



Rocaeditorial

DESTRUCCIÓN MASIVA

NUESTRO HOMBRE EN BAGDAD

Fernando Rueda

Dos agentes españoles destinados en Bagdad en junio de 2000 consiguen una gran información y fuentes de alta calidad en el país de Sadam Husein. Tras los atentados del 11-S y el ataque a Afganistán amparado en la búsqueda del jefe de Al Qaeda, Osama Bin Laden, el presidente estadounidense George Bush decide invadir Irak justificándolo en la colaboración del dictador con Bin Laden y en la posesión de armas de destrucción masiva. Los dos espías investigan esas denuncias e informan de que son falsas, a pesar de lo cual el presidente Aznar no les hace caso y prefiere creer los informes que le llegan de la CIA y el MI6. La guerra estalla y los agentes tienen que regresar a España, abandonando a varias de sus fuentes que temen ser asesinadas, e incumpliendo sus promesas con ellos.

Tras asentarse la invasión, el CNI les reenvía a Bagdad asumiendo el grave riesgo de que sus vidas corren peligro porque todo el mundo les conoce y además hay gente ansiosa de vengarse de ellos. Pocos meses después aumenta el despliegue de agentes con la misión de garantizar la seguridad de las tropas españolas que envía el Gobierno. La conclusión es dramática: un agente es asesinado a manos de un clérigo chiita que conocía desde hacía tiempo y otros siete caen durante una trampa de la resistencia.

ACERCA DEL AUTOR

Fernando Rueda es el máximo especialista español en asuntos de espionaje. Como periodista ha trabajado en prensa, radio, televisión y diarios digitales, dedicándose desde sus inicios al periodismo de investigación. Es el responsable de la sección «Materia reservada 2.0» en el programa *La rosa de los vientos* de Onda Cero. Premio Ejército de Periodismo a la mejor labor informativa en 1984, es profesor en el Centro Universitario Villanueva.

Sus libros de no ficción sobre espionaje rompieron los tabúes de la censura: *La Casa*, *La Casa II*, *Espías*, *KA: licencia para matar*, *Operaciones secretas*, *Las alcantarillas del poder...* Como novelista ha escrito diversas obras, las más recientes son *El regreso de El Lobo* y *El dossier del rey*. *Yo confieso*, su último libro escrito con Mikel Lejarza, ha sido un *best seller*.

ACERCA DE LA OBRA

«La incómoda epopeya de un grupo de espías españoles en Irak.»

MIKEL LEJARZA, *EL LOBO*

Índice

Portadilla

Acerca del autor

Epígrafes

Advertencia

Dedicatoria

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57

EPÍLOGO

58

59

60

61

62

63

64

65

NOTA DEL AUTOR

Créditos

Posverdad.- Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Estoy hablando de tres generaciones de agentes especiales que sabían que una tumba anónima era mejor que una estatua.

JOAQUÍN SABINA sobre Carlos Baró *Baracoa*,
en *A vuelta de correo*

Lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es la información previa.

SUN TZU,
El arte de la guerra

Lo difícil está hecho, lo imposible se hará.

Lema del Departamento de Acción
Operativa del CNI

Esta novela está basada en hechos reales. El epílogo pertenece exclusivamente a mi imaginación, aunque Joaquín Llamas, director de cine y televisión, me matiza: «¿Quién te dice a ti que no ocurrió como lo cuentas?».

Para los familiares y amigos de los protagonistas

PRÓLOGO

Irak, 29 de noviembre de 2003

Cinco meses después de haber pisado suelo iraquí, los cuatro espías veteranos no habían podido arrancarse la sensación de peligro acechante. No era paranoia ni meras sospechas creadas en sus mentes: habían sufrido amenazas y ataques. Ni con esas habían conseguido paralizarlos. Habían interiorizado la necesidad de ser extremadamente cautos, sabían los riesgos de bajar la guardia, aunque fuera por un momento.

Tras la invasión del país por fuerzas armadas de Estados Unidos y sus aliados, los habían enviado para proteger a 1300 soldados españoles que iban a ayudar en la pacificación, según las palabras amables escogidas por su Gobierno, aunque ellos sabían que estaban en una maldita guerra. Desde hacía tres días se les habían sumado otros cuatro compañeros —Nacho, el más joven de los veteranos, los llamaba con alegría los Torpedos— que iban a pasar una semana con ellos para conocer los problemas sobre el terreno y estar preparados para sustituirlos un mes después en su misión. A los veteranos les faltaba solo ese mes para dejar atrás el olor a carne putrefacta y la necesidad de beber compulsivamente hasta cinco litros de agua al día y no sentir ganas de mear.

Notaban en el cogote las miradas asesinas de una parte de la población cuando vestían ropa occidental y no se ocultaban tras una túnica. Distribuían dinero para comprar voluntades, seguían con sigilo a representantes de grupos

empeñados en atentar contra los soldados a los que ellos, como espías, tenían la misión de custodiar desde las sombras. Escribían cartas a sus familias en las que intentaban aparentar tranquilidad, sin conseguirlo algunas veces. Sus jefes sabían que corrían riesgos extremos y cruzaban los dedos para que no les pasara nada.

Los Torpedos los habían sacado de su rutina diaria: trabajar dieciséis horas e intentar desconectar cuando se metían en el catre, si se lo permitía la tensión acumulada. Los cuatro veteranos tenían que ayudarlos a familiarizarse con la mesa de billar en la que les tocaría jugar una peligrosa partida con muchas bolas sin identificar y otras explosivas. Les notaban frescos, con la media de pulsaciones perfecta, solo armados con la lógica prevención hacia lo desconocido. El poco espacio del que disponían en las habitaciones les parecía más que suficiente, el rancho de los cuarteles en los que se cobijaban les sabía rico y admiraban a sus pares, los espejos en los que cada uno de ellos se reflejaba. Eran esponjas que absorbían cada una de sus explicaciones.

Con su llegada, el trabajo pendiente se aplazó, la disciplina se relajó, la tensión disminuyó. Ocho hombres de formación militar destinados en el CNI se sintieron como si les hubieran concedido una semana de asueto. El buen humor salió a la superficie, el pitorreo era bien recibido, intentaban disfrutar del momento.

Esa mañana, desde sus bases en Diwaniya y Nayaf, emprendieron camino a Bagdad. Día de fiesta para cumplir con la burocracia y compartir algún rato relajado con otros españoles. Incluso pararon a mitad del trayecto en el arcén. La gente cree que los espías no se hacen fotos, y se equivocan. Como cualquier grupo de amigos, immortalizan los buenos momentos, un recuerdo para toda la vida, aunque el telón de fondo no sea un monumento admirable. En su caso, a la izquierda aparecía una deteriorada raya blanca que intentaba separar los dos carriles de la carretera y a la derecha un trozo de desierto triste que pedía a gritos un poco de agua y se unía en el firmamento con un cielo limpio de nubes. Ninguno sonrió abiertamente, eso de mos-

trar la dentadura les pareció un exceso. Eran ocho hombres de excursión, tratando de pasar desapercibidos, que colgarían la foto en su salón y no le explicarían a nadie quiénes eran los amigos que los acompañaban.

Todos estaban en torno a los cuarenta años, pero algunos parecían cadetes de la academia militar por su pasión por el jolgorio. La mitad eran oficiales, la otra mitad suboficiales, aunque trabajar sobre el terreno los igualaba. Se reían de Alberto, el decano, el gran experto, porque llevaba jersey como si ya no sintiera el calor. El polo naranja de Alfonso lo convertía en el más presumido, mientras los demás no se escapaban de las aburridas tonalidades de azul y marrón. Compitieron por quién tenía la barba más semejante a los árabes y ganó Carlos por unanimidad.

Viajaron con ese buen humor hasta Bagdad. Acreditarse ante los militares estadounidenses, tan formales, o ante la Autoridad Provisional de la Coalición fueron trámites que pasaron los Torpedos con los veteranos proponiéndoles que se quedaran ya en Irak, que no fueran tímidos, que ellos regresarían a España en su lugar.

Los dos agentes destinados en la embajada se sumaron al grupo y no tardaron en integrarse en el buen rollo, igual que los funcionarios españoles asignados al órgano de Gobierno de Irak. El día festivo acabó en la residencia del encargado de Negocios. Viandas mejores que la comida cuartelera, rematadas con chupitos en un país en el que no se bebe alcohol abiertamente. Reinó la fraternidad entre expatriados, nada de hablar de trabajo, de amenazas, de la guerra.

Decidieron adelantar el regreso a sus respectivas bases. La satisfacción por el día tranquilo no impidió que antes de salir a la calle volvieran a pensar en su seguridad y recordaran que eran objetivo permanente de los insurgentes. Habían llenado los depósitos de los coches para evitar paradas innecesarias en los 200 kilómetros que les quedaban de vuelta. Por si había alguna incidencia, llevaban dos teléfonos satélite Thuraya para mantenerse enlazados.

A las 14:30 los que iban a Diwaniya entraron en el Chev-

rolet. Carlos encendió de inmediato el casete para que Joaquín Sabina, su cantante favorito, les animara el trayecto. Alguno protestó riéndose de sus gustos musicales transgresores.

Lo nuestro duró
lo que duran dos peces de hielo
en un whisky on the rocks,
en vez de fingir,
o estrellarme una copa de celos,
le dio por reír.
De pronto me vi
como un perro de nadie
ladrando a las puertas del cielo...

Al mismo tiempo, los que iban a Nayaf se subieron en el Nissan. Alberto arrancó, comprobó que los del Chevrolet estaban listos y emprendió la marcha. Los ocho habían disfrutado entre amigos de un día tranquilo y entretenido.

Un grupo de la insurgencia estaba esperándolos en la carretera, habían montado una ratonera con los suficientes efectivos, aprovechándose del factor sorpresa, para darles una buena lección. No era un golpe por casualidad, había una intención premeditada de hacerles pagar su comportamiento en el país.

Los cuatro agentes que llevaban casi medio año en Irak ya habían padecido persecuciones, traiciones e intimidaciones mientras se movían en ambientes hostiles. Y habían tenido que actuar según las leyes del espionaje, muchas veces crueles, sin corazón, obligados a seguir los criterios de su Gobierno a pesar de que iban en contra de sus actuaciones pasadas. Como consecuencia, su futuro inmediato había quedado marcado y sus vidas pendían de su capacidad de defenderse frente a la trampa que los estaba esperando a menos de una hora. Carlos, Alfonso y Nacho, tres de los veteranos, disponían de muchas de las claves de lo sucedido en esos meses que los había llevado a esa situación límite, pero solo Alberto conocía la historia completa. Una historia que había comenzado tres años y medio antes, como

arrancan las aventuras de cualquier oficial de inteligencia cuando se hace cargo de un nuevo destino en el extranjero como agregado de Información.

1

Bagdad, 17 de junio de 2000

Trató de ordenar sus pensamientos. ¿Por qué su despacho en la embajada parecía un erial? ¿Dónde estaban los documentos con datos relevantes? Y, especialmente, ¿quiénes eran las valiosas fuentes secretas? Alberto Martínez llevaba malgastadas dos horas removiendo papeles en un intento por descubrir un oasis de información significativa para su misión.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde su aterrizaje en Bagdad. Había madrugado, dejando a un lado todos los asuntos pendientes de su nueva casa, a la que apenas prestó la debida atención. Como era el día de la presentación, se había puesto su mejor traje de paño fino y una discreta corbata celeste, y había salido lleno de energía hacia la embajada de España, en el barrio de Mansur. Lo primero fue conocer al embajador, un tipo amable con el que seguro que iba a congeniar. Conversaron un rato y aceptó encantado quedar para charlar al día siguiente. Le urgía no perder ni un segundo en su nueva andadura como consejero de Información. Había asumido un reto complicado, lleno de aristas, le iban a poner todo tipo de trabas y era imprescindible que asimilara el trabajo ya realizado por su antecesor. Pero ¿dónde estaba el resultado de ese trabajo?

Martínez se recostó en la silla de cuero con respaldo alto y ruedas, aspiró todo el aire que pudo y lo exhaló lentamente para intentar apaciguarse. Había encontrado paquetes de folios en blanco y bolígrafos para un regimiento. En